

Entrevista

Jóvenes, pandemia y crisis del Estado. Una conversación con Pablo Semán*¹

*Youth, the pandemic, and the crisis of the State:
A conversation with Pablo Semán*

Alejandro Gorr / Universidad de Buenos Aires / <https://orcid.org/0009-0002-7052-6107>

Eloi Sendrós Ferrer / Universitat de Barcelona / <https://orcid.org/0000-0001-7102-0445>

Resumen

En el marco de una estancia como profesor invitado por el Institut de Hautes Études de l'Amérique Latine (Universidad Paris-Sorbonne Nouvelle), Pablo fue invitado a Barcelona por el grupo de trabajo “Estat i acció pública” del Institut Català d'Antropologia, ocasión en la cual pudo presentar algunas reflexiones en torno a las transformaciones contemporáneas del Estado y de la política a partir del caso argentino, apoyándose en sus últimas investigaciones publicadas recientemente en la obra colectiva intitulada *El ascenso de Milei* (Siglo XXI). Tal como lo indica su título, en esta obra se aborda el advenimiento del fenómeno de la “nueva derecha” argentina desde múltiples enfoques y escalas, reflexiones que decantan de un proceso investigativo colectivo y etnográfico de largo aliento. La presente entrevista realizada con el autor toma como objeto algunos elementos clave para entender las transformaciones contemporáneas de la estatalidad (la actual crisis o “mal estado” del Estado), y de la relación de determinados grupos sociales con el Estado en Argentina: la juventud y los efectos de la pandemia.

Palabras claves

Estado, crisis, legitimidad, juventud, nuevas derechas, Argentina.

Abstract

As part of a visiting professorship at the Institut de Hautes Études de l'Amérique Latine (University of Paris-Sorbonne Nouvelle), Pablo was invited to Barcelona by the working group “State and Public Action” of the Catalan Institute of Anthropology. On this occasion, he was able to present several reflections on the contemporary transformations of the State and politics through the Argentine case, drawing on his most recent research, published in the collective volume *El ascenso de Milei* (Siglo XXI). As the title suggests, this work examines the rise of the Argentine “new right” from multiple perspectives and scales, offering reflections that emerge from a long-term, collective ethnographic research process. The present interview with the author focuses on key elements for understanding contemporary transformations of statehood —namely, the current crisis or “ailing condition” of the State— as well as the changing relationship between certain social groups and the State in Argentina, particularly youth and the effects of the pandemic.

Keywords

State, crisis, legitimacy, youth, new right-wing movements, Argentina.

* Especialista en religiosidades y en culturas populares, Pablo Semán es sociólogo y antropólogo, investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de Argentina y profesor del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM).

¹ Las notas al pie aclaratorias a lo largo de la entrevista son de nuestra autoría.

Entrevistadores: *Tanto en tus numerosas intervenciones públicas como en El ascenso de Milei, das a la pandemia un lugar muy importante, o muy significativo, para entender los fenómenos actuales de crisis del Estado y la transformación de los lazos de determinados grupos, en particular de los sectores populares y de las juventudes, con la estatalidad...*

Pablo: La pandemia tiene que ser vista como un catalizador de procesos de temporalidades más largas. Con esa condición digamos que entramos a la pandemia con la idea de que el estado retornaba por el fuero sanitario (algo en lo que yo mismo creí) que tuvo un amplio acuerdo que nunca fue total, y generó esperanzas: “nadie se salva solo”, “quedate en casa” fueron, entre otras, palabras de orden ampliamente aceptadas por los más diversos actores y grupos sociales. En los meses de mayor adhesión a las políticas de cuidado, registraron la adhesión de amplias capas de la población. Las encuestas le daban al presidente Alberto Fernández una popularidad cercana al 80% o más, algo que tanto los opositores como los oficialistas de entonces interpretaron erradamente como apoyo a algo mas que a esas medidas y en ese tiempo. En ese contexto, hasta dirigentes opositores manifestaron su disposición a colaborar en una batalla que parecía no tener desertores. Las gentes salían a los balcones a dar sus aplausos a los médicos y al personal de salud, y no cabían dudas acerca de la necesidad del esfuerzo transitorio, aunque con una expectativa de duración mucho menor a la que tuvo, a la espera de más esclarecimientos y del hallazgo de terapias y vacunas.

Pasado el tiempo, el consenso se deshizo, y en ese contexto llegamos a una situación en que pareció que la sociedad había padecido un terremoto intenso y duradero. Había sí sido dañado, de forma profunda y todavía desconocida, como las estructuras geológicas en un sismo, el conjunto de las relaciones sociales y las subjetividades que participan de esas relaciones.

Durante los años de pandemia realizado una investigación, previa —aunque íntimamente vinculada— a la investigación sobre el fenómeno de la “nueva derecha”, y pudimos establecer la connotación de un aspecto específico de esos daños estructurales. Esta investigación remite al vínculo entre sociedad y Estado a partir de la experiencia de un núcleo de población específico: los jóvenes de los sectores populares del área metropolitana de Buenos Aires (AMBA). Hemos podido explorar algunas dimensiones específicas en las que se tramó la relación entre los jóvenes y el Estado, así como las evaluaciones que tuvieron los jóvenes sobre los temas decisivos de la pandemia.

E: *En ese sentido, si no me equivoco, una de las dimensiones que abordaban en aquella investigación era la cuestión de la educación y el impacto de la pandemia sobre jóvenes de distintos sectores, y en distintos niveles del sistema educativo.*

P: Esto lo trato muy extensamente con mi colega Nicolás Weslchinger y también con Paula Cuestas Antonella Jaime, Sofía Perez Martirena y Andres Santos Sharpe en el libro que coordiné con Fernando Navarro (Dolores, experiencias y salidas: Un reporte de las juventudes durante la pandemia en el AMBA): la pandemia, y las medidas sanitarias adoptadas para hacerle frente, enfrentaron a toda la población y en especial a los jóvenes a obstáculos de todo tipo. Para aquellos que se encontraban en condición de mayor vulnerabilidad, los esfuerzos que ellos y sus familias debieron dedicar para hacer frente a esa situación extraordinaria resultaron desbordantes, y supusieron el abandono de proyectos gestados en tiempos menos difíciles. La

educación en todos sus niveles fue uno de las cuestiones más afectadas.

En espacios en los que el valor de la educación es reconocido y saludado como decisivamente importante, o en los que no se tiene ese juicio, por razones derivadas de las propias experiencias de las personas jóvenes, de la familia y de la comunidad, constatamos que el deterioro de las condiciones económicas e institucionales establecidas en el período pandémico agudizó las posibilidades de abandono o distancia creciente del proceso educativo.

La pandemia de COVID-19 no solo suspendió las clases presenciales, sino que desnudó y profundizó fracturas estructurales en los sistemas educativos. A través de las historias de jóvenes entrevistados se revela cómo la combinación de vulnerabilidades preexistentes, las barreras impuestas por el confinamiento y las limitaciones de las respuestas institucionales configuraron un escenario donde abandonar los estudios se convirtió, para muchos, en una salida inevitable.

E: Háblanos un poco de estos jóvenes y sus circunstancias. ¿Con qué se encontraron durante el trabajo de campo?

P: A ver, antes de la pandemia, la brecha en el acceso a recursos económicos, tecnológicos y culturales ya condicionaba trayectorias educativas desiguales. A modo de muestra, de nuestro trabajo de campo, Tomás, de 17 años, proveniente de un hogar obrero en Temperley, enfrentaba desde antes una escuela pública con recursos escasos y un entorno familiar donde el estudio no era prioridad. Su repitencia y traslado a una escuela nocturna reflejan un sistema que ya fallaba en retener a estudiantes de contextos vulnerables (contextos en los que muchas familias han priorizado históricamente el trabajo inmediato sobre la educación formal, especialmente cuando el secundario no era obligatorio para acceder al mercado laboral).

La pandemia agravó estas desigualdades. La caída de ingresos obligó a jóvenes como Tomás a incorporarse prematuramente y exclusivamente al mundo laboral informal. Trabajar en la construcción no solo le dio independencia económica, sino que desplazó a la escuela a un segundo plano: “No me sirve, no lo necesito”, decía a sus padres. Este fenómeno no fue aislado: según el relato, en barrios populares, el desarrollo patrimonial familiar rara vez depende de estudios superiores, lo cual normaliza el abandono escolar ante crisis económicas.

Por otro lado, la pandemia exacerbó problemas psicológicos preexistentes y generó nuevos trastornos. Por ejemplo, Paula, diagnosticada con agorafobia desde niña, vio cómo su estabilidad —lograda tras años de terapia presencial y actividades artísticas— se derrumbó con el aislamiento. La virtualidad no sólo truncó su tratamiento (basado en enfrentar espacios públicos), sino que la sumió en episodios de autolesión y ansiedad extrema. Su caso ilustra un problema sistémico: la atención psiquiátrica virtual resultó ineficaz para quienes requerían interacción física, y los gabinetes escolares, ya precarios antes de la pandemia, colapsaron ante la demanda.

La salud mental emergió como un factor crítico de deserción. Jóvenes como, por dar otro ejemplo, Camila, sin acceso a Wi-Fi y obligada a invertir en datos móviles, cayeron en depresión al verse excluidas de las clases virtuales: “Estaba todo el tiempo acostada, no quería hacer nada”. La falta de recursos para terapias y el estigma social alrededor de los trastornos psicológicos en adolescentes agudizaron su desvinculación educativa.

La presencialidad no solo garantiza aprendizaje, sino que construye un ritual cotidiano: el

aula como espacio de encuentro, los recreos como instancias de socialización, la admiración hacia los docentes... La virtualidad fracturó esta dimensión simbólica. Para Mariano, otro estudiante universitario, la universidad nunca llegó a ser un “espacio-tiempo diferente”: cursar desde casa lo privó de festivales, debates en pasillos y la identidad universitaria.

En el nivel secundario, Camila, que antes mencionaba, extrañaba las charlas con compañeros y la estructura que la escuela le daba: “Era como que no se daban cuenta que no queríamos dejar de tener clases”, decía. La pérdida de estos rituales no solo dificultó el aprendizaje, especialmente para estudiantes sin apoyo académico en casa, sino que erosionó el sentido mismo de la educación.

El aislamiento fracturó las redes entre pares y con docentes. Otro ejemplo: Daniel, un joven de 21 años con historial familiar de adicciones, abandonó el colegio años antes de la pandemia, pero el confinamiento profundizó su desapego. Sin la contención de profesores o compañeros, su motivación por retomar estudios mediante el plan FiNes² decayó.

En la universidad, estudiantes como Valentín enfrentaron la soledad de la virtualidad: “Es muy complicado relacionarte con las personas. Salvo que te toque hacer un trabajo, no te relacionás”, decía. La falta de interacción dificultó procesos clave como la afiliación universitaria —aprender a ser estudiante—, especialmente para ingresantes sin redes previas.

La desigualdad en el acceso a dispositivos y conexión estable fue un eje central de exclusión. Volviendo a Camila, sin Wi-Fi en su barrio, dependía de paquetes de datos costosos para descargar materiales educativos. Aprovechaba el Wi-Fi de su escuela al retirar viandas, pero esto no compensaba la brecha. Decía: “era como que no se daban cuenta que no era cosa de vagos no conectarse”.

Mientras instituciones privadas o de élite implementaron plataformas robustas, muchas escuelas públicas recurrieron a *WhatsApp* para enviar tareas, un método limitado y fragmentario. Como señala el documento, la virtualidad convirtió a la brecha digital en un “corazón de la desigualdad educativa”, donde estudiantes como Tomás, que antes mencionaba, ni siquiera recibieron noticias de su escuela durante meses.

Las políticas públicas implementadas tuvieron luces y sombras y, visto en el balance de la población, más sombras que luces. La distribución de cuadernillos, el acceso gratuito a portales educativos y el IFE³ mitigaron parcialmente el impacto. Pero, para muchos, estas medidas fueron insuficientes. Agustina, otra estudiante de enfermería entrevistada, perdió un año crucial de prácticas clínicas por falta de planificación, retrasando su graduación y autonomía.

En el nivel universitario, la semi-presencialidad benefició a algunos, como fue el caso de uno de los entrevistados, Mariano, pero dejó atrás a quienes necesitaban laboratorios o talleres prácticos. Además, la centralización en *WhatsApp* como canal educativo —usado en el 60% de los casos— evidenció la improvisación y la falta de capacitación docente para la virtualidad.

La deserción escolar durante la pandemia no fue un fenómeno aislado, sino resultado de algo así como una tormenta perfecta: desigualdades materiales históricas, salud mental desatendida,

² El Programa de Finalización de Estudios Primarios y Secundarios (FinES) es un programa educativo argentino llevado adelante por el gobierno nacional y el Ministerio de Educación a partir del año 2008 con el objetivo de que los jóvenes y adultos puedan finalizar su educación primaria y secundaria.

³ El Ingreso Familiar de Emergencia (IFE) fue un seguro social de Argentina que se entregó a trabajadores informales y monotributistas durante la emergencia debido a la pandemia. Consistió en un bono de 10 mil pesos argentinos.

pérdida de rituales educativos, fractura de vínculos sociales y brechas tecnológicas. Jóvenes como Tomás y Camila encarnan la aceleración pandémica de decisiones que ya se daban en contextos de vulnerabilidad.

La educación en la post-pandemia requiere no solo reintegrar a quienes abandonaron, sino reconstruir un sistema que priorice la equidad, la salud mental y la dimensión humana del aprendizaje. Tal como reflexiona Camila: “Terminaré el secundario porque te lo piden en todos lados, pero no sé cómo sobreviviré”. Su voz es como un llamado a transformar la escuela en un espacio que no solo enseñe, sino que contenga, inspire y, sobre todo, no deje a nadie atrás.

Una problemática evidente que llegó con la pandemia es la que se refiere a la continuidad estudiantil. Se agudizaron las posibilidades de abandono y la distancia con respecto al proceso educativo formal. Muchos jóvenes debieron comenzar a trabajar más tempranamente para hacer frente a la merma de ingresos de sus hogares. En algunos, trabajar dio la sensación de independencia, haciendo que la escuela perdiese lugar en sus prioridades.

Aquellos que tenían padecimientos psicológicos, los vieron aumentar. Muchos no tenían recursos para acceder a terapias oficiales, y, los que contaban con atención terapéutica desde antes, se sintieron defraudados con la virtualidad. La materialidad que medió las experiencias educativas —celulares, tablets, computadoras— dificultaba el proceso educativo. Los dispositivos son más incómodos para el estudio y presentan más posibilidades de distracción: apretando un botón se salta de las lecturas a Tik-Tok.

La cuarentena reveló, por contraste, la dimensión ritual presente en las actividades más “secularizadas” de la vida cotidiana. La escuela y la universidad constituyen un espacio-tiempo diferente; lugar de encuentro con docentes a los que se admira, amigos de confianza, personas que nos atraen. La información transmitida por los profesores se complementa con charlas en los recreos. El aislamiento puso un punto a todo eso, haciendo la continuidad educativa no sólo más difícil —especialmente para quienes provienen de hogares con escaso capital académico—, sino también menos atractiva. La incertidumbre respecto al porvenir, exacerbada por la pandemia, también contribuyó en ese sentido: la experiencia educativa —especialmente, aunque no únicamente, la superior— supone expectativas a futuro; cuando el futuro se disuelve, la educación pierde algo de su sentido.

E: Otra cuestión sobre la cual te hemos leído y escuchado reflexionar en algunas intervenciones es aquella del impacto que todo esto ha tenido sobre el trabajo. Pienso en las nuevas relaciones emergentes, o en vías de consolidación, con la cuestión laboral. Pienso también en ciertos sectores en particular, de la juventud...

P: Efectivamente. La crisis económica determinada por la pandemia operó en un mercado laboral en el que los problemas de empleo que se agudizaron a lo largo de la década pasada se multiplicaron y transformaron cualitativamente. Todo esto causó un ascenso en la tasa de desempleo juvenil, medida por la OIT, e influyó también en las formas de trabajo habilitadas por las plataformas digitales que preceden a la pandemia pero que adquirieron mayor popularidad como fuente de ingresos mientras duraron las restricciones sanitarias. Y también, luego de las mismas, estructurando un elemento surgido en el acontecer pandémico. Al analizar la experiencia laboral juvenil en la pandemia, destacan en nuestra investigación dos grupos que crecieron fuertemente durante la cuarentena: los jóvenes trabajadores en plataformas de

reparto, tipo *delivery*, y de programación de software. Nos encontramos en nuestro trabajo de campo con que ambos grupos consideran que lograron efectivamente sobreponerse a los desafíos laborales que les representó la pandemia, a partir de desarrollar sobre sí mismos los valores morales y la disciplina laboral que identifican con la figura del “emprendedor”.

Entre los jóvenes el trabajo de plataformas de reparto creció como una opción para generar ingresos ante la cuarentena y las imposibilidades de realizar otras actividades no calificadas de esenciales.

A estos trabajadores se les sumaron preocupaciones específicas: los accidentes, el delito y la policía empoderada en su rol de “trabajadores esenciales” configuraron un stock de amenazas a sus recientes oficios. En ese contexto el aislamiento social, preventivo y obligatorio (ASPO), no fue comprendido unívocamente como una medida autoritaria, sino como una “inevitable” para disminuir la circulación del COVID, y aceptaron del mismo modo los instrumentos de cuidado sanitarios; en parte por el temor al contagio de sus seres queridos, miedo que los acompañaba —y se exacerbaba— durante su jornada laboral. Pero también en ese marco los contactos con el Estado durante la pandemia distaron de ser agradables. Veamos algunas cuestiones sobre esto.

El temor al delito signó sus jornadas laborales ya que estar horas y horas pedaleando o manejando en el exterior, con las calles desoladas, a veces de noche, fue percibido como una actividad peligrosa. También fue frecuente que la policía los interceptase para corroborar que estuvieran circulando con los permisos correspondientes; de modo que las fuerzas policiales adquirieron para ellos un rol ambiguo: se solicitaba protección de los delincuentes a la misma institución que en ocasiones representaba un obstáculo a su trabajo.

Por otro lado, como otros jóvenes, consideraron innecesaria y desalentadora la sobreinformación oficial acerca del número de muertos, así como los números de la recesión económica, el aumento de la pobreza y el desempleo, sobre la escasez de insumos hospitalarios, los pasillos de las clínicas convertidas en salas de emergencia por COVID. Asimismo, el alquiler, los servicios, los materiales para la facultad, la nafta para la moto, el monotributo⁴, la obra social⁵, algún que otro “gustito”, sumados al agravado aumento de la inflación, impedían que el dinero obtenido haciendo *delivery* fuese suficiente para solventar esos gastos (gastos que, en algunos casos, antes cubrían otros ingresos que se perdieron). Muchos de ellos accedieron a ayudas estatales, como la beca PROGRESAR⁶ o el IFE, pero estas políticas fueron percibidas por los jóvenes trabajadores como una respuesta insuficiente —y a veces incluso denigrante— ante las circunstancias extraordinarias de la pandemia.

La relativa desatención por parte de las aplicaciones⁷ para con sus trabajos no les resultó problemática, bajo la consigna por ellos también esgrimida de “sé tu propio jefe”, aceptaron que debían lidiar ellos mismos con la gestión de los riesgos. Aunque la provisión de elementos de protección contra el COVID-19 por parte de las plataformas fue insuficiente y ocasional,

⁴ “Trabajador monotributista” en Argentina es el equivalente al estatus de “Trabajador autónomo” en España, o de “auto-entrepreneur” en Francia.

⁵ “Obra social” refiere a regímenes de seguridad social, tipo “mutua”, que en Argentina suelen ser sectoriales, cuando se trata de empleo asalariado reconocido, o contratados de manera privada.

⁶ El Programa de Respaldo a Estudiantes de Argentina (PROG.R.ES.AR) es una beca del Gobierno argentino para jóvenes que deseen iniciar o finalizar sus estudios, continuar una educación superior y/o realizar experiencias de formación y capacitación laboral. Fue creado en 2014 e implementado por la Administración Nacional de la Seguridad Social (ANSES).

⁷ “Aplicaciones” refiere a las apps de pedidos, *delivery*, etc., que implican nuevas relaciones laborales de capital-trabajo individualizadas y desreguladas.

los trabajadores, en general, prefirieron leer el informe sobre los cuidados que otorgaron las aplicaciones en vez de recurrir a los medios oficiales o a los discursos estatales. Los problemas que conllevó para ellos el período pandémico no decantaron en una demanda indignada hacia las aplicaciones, sino en una forma específica de concebir sus actividades y a ellos mismos que hizo que fuese el Estado —antes que sus condiciones laborales— el objeto de sus cuestionamientos.

Más allá de estas dificultades, los trabajadores de reparto sostienen que la posibilidad de salir de sus hogares sin que ello haya implicado una transgresión de las restricciones y “problemas graves con la policía”, los hizo sentirse dentro de los grupos “esenciales” y “favorecidos” durante la pandemia. Además, perciben que su trabajo hizo posible tanto la supervivencia de los pequeños comercios como la permanencia de los mayores en riesgo en sus hogares. Haber ayudado les brinda la sensación de contribuir al bien común y de les devuelve una imagen de legitimación de la “utilidad social” de su trabajo.

E: *Y, ¿sobre su autopercepción y los elementos de moralidad en relación al trabajo que se evidencian? Pienso en la cuestión del mérito, el famoso “emprendedorismo” popular del cual sueles hablar... ¿Y sobre la cuestión de la relación con la temporalidad y con el trabajo, la seguridad y protección laboral, y la percepción de su presente y futuro?*

P: Claro. Acerca de las proyecciones que estos jóvenes tienen respecto a su actividad, hemos podido observar una ambivalencia referida a la “elección”. Al tiempo que destacan que los ingresos obtenidos resultan por lo general más elevados que en otros trabajos de carga horaria similar, y celebran la flexibilidad horaria y una relativa capacidad de elegir días laborales, sostienen que trabajan en *Rappi* y *PedidosYa*⁸ debido a la “falta de trabajo” y la ausencia de alternativas. Por esto, afirman que su pase por la plataforma es “temporal” y “ocasional”: este trabajo tiene una dimensión instrumental más que simbólica. Al reflexionar sobre su futuro laboral, los jóvenes trabajadores manifiestan un fuerte presentismo: el futuro, para ellos, es incierto. No obstante, se perciben responsables exclusivos de su devenir y defienden valores como la autodisciplina, el esfuerzo y la ética del trabajo. El funcionamiento meritocrático de las aplicaciones abona esos sentimientos: pueden obtener mejores ingresos y un mejor posicionamiento en el ranking de la aplicación repartiendo más pedidos, con esfuerzo y sacrificio.

Experiencias y valores semejantes son compartidos por los jóvenes que durante la pandemia comenzaron a trabajar como programadores en el sector de software, quienes nos dicen haber “encontrado la oportunidad a la crisis” y por lo tanto se auto perciben “beneficiados” de la pandemia. Mientras sus amigos y familiares se “quedaron estancados” en los problemas de la presencialidad y los contagios, ellos decidieron apostar a emplear ese tiempo de aislamiento, los meses de la cuarenta más estrictos, las horas y horas de virtualidad en sus hogares, a volcarse “de cabeza a estudiar programación” con el objetivo de conseguir un buen trabajo desde casa, seguro, flexible de horarios y mejor pago que el resto de los empleos. En algunos casos se trataba de comenzar de cero, en otros de profundizar algo que ya era un hobby o una carrera. Como veremos, las historias de estos jóvenes programadores que participaron activamente del llamado “boom de la programación” en pandemia, son el resultado de los esfuerzos por

⁸ Ambas son plataformas de intermediación a través de aplicaciones, en principio vinculadas a la compra y entrega a domicilio de productos.

co-producir ellos mismos su empleo en diálogo con los requerimientos del mercado y sobre la base de esforzarse por explotar al máximo las posibilidades de formación, del uso del tiempo en la cuarentena, de la gestión de nuevas oportunidades laborales que habilitan las plataformas y tecnologías digitales.

En un escenario de sostenido crecimiento del sector de las empresas dedicadas a las producción y venta de software y servicios informáticos, el boom de la nueva demanda laboral es al mismo tiempo un boom de ofertas de formación, un boom de producción de contenidos en las redes para aprender a programar. Desde el inicio de la pandemia se produjo la proliferación de academias online como Platzi, Digital House (alianza entre Globant⁹ y Mercado Libre¹⁰), Henry, Udemy. Estas “academias online” operan como formadoras a la vez que reclutadoras de la joven fuerza de trabajo que dinamiza la industria del software, ya que para las empresas del sector la titulación terciaria y/o universitaria, la titulación formal, tiene un peso relativo y menor que la certificación práctica de los saberes técnicos que exigen las actividades de un puesto como programador. Así, nuestros entrevistados, a la vez que perciben la existencia de una fuerte demanda de las empresas del sector para cubrir puestos de programadores experimentados, consideran que es un gran desafío lograr conseguir ese ansiado primer empleo como “programador junior” que les habilitará los siguientes pasos en el mundo IT.

E: ¿Podrías ilustrar esto último con elementos que se te ocurran y que destaquen del trabajo de campo?

P: De nuevo, me apoyo en el libro sobre los jóvenes del Gran Buenos Aires y la pandemia. Por ejemplo, Rocío, de 21 años, afirma que “la programación no es para todos”, ya que requiere conocimientos que no son fáciles de obtener, como un alto nivel de matemática. Rocío es consciente de las capacidades y los recursos a disposición con los que cuenta y el sacrificio que hizo su familia para brindarle esas oportunidades educativas. Ella considera que ese *background* fue indispensable para desempeñarse como programadora, pero también juzga que un elemento clave para su éxito fue su gestión de sus tiempos durante el período de pandemia, que ella aprovechó para aprender programación siguiendo tutoriales y *bootcamps* que encontraba en YouTube.

En un sentido similar, Luciano, otro programador de 23 años que trabaja de modo remoto desde su hogar, nos explicaba que la juventud es una característica fundamental para ser emprendedor, pero no se trata de la juventud “biológica”, sino de una forma de encarar la vida: “si tenés noventa y nueve años y estás en Instagram desde un celular, no sos viejo”. La juventud son para Luciano las ganas de conservar la curiosidad, seguir creando, aprendiendo; está convencido de que “hoy hay laburo para todas las edades: si tienen ganas y tienen la capacidad se puede emprender”.

Como en otros casos, en la valoración positiva que tanto Rocío como Luciano hacen de su trabajo, aparecen argumentos semejantes a los esgrimidos por jóvenes repartidores, fundamentalmente la posibilidad de gestionar por sí mismos los ritmos y la intensificación de su jornada laboral. Y la libertad de realizarlo de forma remota les permite, por ejemplo, viajar

⁹ “Globant” es una empresa Argentina de software y IT, y una de las mayores empresas tecnológicas del país.

¹⁰ “Mercado Libre” es una corporación de comercio electrónico similar a « Amazon », de origen argentino, fundada por el actual multimillonario argentino Marcos Galperin, que opera en casi toda Latinoamérica.

los fines de semana a visitar a su familia y continuar trabajando desde su casa o desde donde se encuentren.

Por otro lado, es un relato compartido entre los programadores el que refiere al esfuerzo de preparación para la primera serie de entrevistas de trabajo. Este esfuerzo con el que preparan las entrevistas, y la rapidez con la que consiguen el trabajo, los conduce a afirmar que obtienen los empleos por mérito y no por contactos, como según ellos sucede en muchos otros ámbitos. Rocío nos advierte que una característica que distingue su trabajo de otros empleos es que “para estar acá tenes que demostrar que sabes”, al contrario de otros lugares en los que se accede al empleo por “contactos y acomodados familiares”. En este mismo sentido Luciano enfatiza que “en el mundo IT” a diferencia del trabajo estatal “acá no hay ñoquis¹¹, y tampoco hay mafias, si laburas es por tu CV, por lo que sabes y vales”.

Grosso modo, para los programadores es meritorio ser autodidacta y estar siempre interesado en continuar formándose en actitud curiosa sobre las innovaciones. Ser joven está en este sentido desanclado de la edad biológica y unido a una “actitud emprendedora”. Así realzan su propia construcción como programadores a partir de defender su mérito de indagar, investigar y formarse a sí mismos haciendo uso y gestión óptimas de sus tiempos y habilidades como conocimientos de inglés, contactos en redes sociales, el esfuerzo por comprender las necesidades del mercado y las empresas, y de explotar eficientemente las oportunidades de las nuevas tecnologías digitales. Fue entre los requerimientos del mercado y las estrategias de autoconstrucción de una carrera —su autoexigencia para cumplir con una formación continua que aproveche al límite las posibilidades que se les presentaran— que estos jóvenes produjeron la vía para conseguir atravesar la pandemia con alguna inserción laboral que les garantizara integrarse productivamente en la búsqueda de alcanzar una relativa autonomía económica de sus familias.

De esta manera, podemos ver panorámicamente que los jóvenes repartidores y programadores enfrentaron un contexto laboral transformado en el que por un lado se anticipó la necesidad de tomar responsabilidades laborales y por el otro se enfrentaron a condiciones que les resultaban entre desventajosas y desconocidas, y para las cuales no podían tener necesaria o fácilmente el apoyo de la generación anterior. Visto desde las generaciones anteriores, los jóvenes trabajadores enfrentaron un mundo de desprotección, incremento de la jornada laboral y decrecimiento de los salarios. Pero visto desde la situación que se constituía, estas elecciones laborales probablemente eran, dadas las circunstancias, óptimas, porque les permitía tener más ingresos que en opciones tradicionales, regular sus propios tiempos y no depender de forma tan directa y despótica de jefes. Constatamos, entonces, que la generación que empezó a trabajar en la pandemia está instalada en un punto histórico transicional entre los restos de un viejo régimen laboral del que ellos ya no podrán disfrutar y la emergencia de un nuevo régimen que a los ojos de las anteriores generaciones es decididamente negativo y que, en general, implica nuevas relaciones de fuerza entre el trabajo y el capital. Más allá de cualquier posicionamiento respecto de estas evaluaciones, lo que es necesario subrayar es que las expectativas tradicionales en relación al mundo del trabajo entraron en crisis y se transformaron.

¹¹ La figura de “ñoqui” se utiliza despectivamente en Argentina para referirse a empleados del Estado (y/o vinculados a estructuras políticas, sindicales, o a la militancia) “acomodados” por “enchufe”. Esta categoría, propia de cierto sentido común, puede abreviar en el repertorio discursivo e imaginario ideológico liberal y crítico con el Estado y su intervención.

E: *En un artículo publicado en la post-pandemia usabas la metáfora del fracking, hablabas de “fracking pandémico” en relación al impacto que sufrieron las juventudes. ¿Podrías desarrollar?*

P: Sí, claro. A nivel subjetivo y familiar las personas jóvenes tuvieron que enfrentar situaciones que implicaban exigencias superiores a las que habían enfrentado hasta el momento o a las que esperaban enfrentar. A veces debieron asumir cargas inesperadas dentro de los hogares, otras cargaron con las consecuencias del empobrecimiento de sus familias y, en general, se vieron obligados a tomar parte de situaciones educativas poco comunes en las que se enfrentaban a prácticas que implicaban para muchísimos de ellos imposibilidades materiales: no tenían datos, conectividad, equipos o entorno adecuado, ni docentes preparados.

También se depararon con incertidumbres acerca del tiempo y la validez del proceso educativo: iniciaciones irregulares o postergadas que acentuaban las dificultades, cierres pobres o también postergados que abarcaban no sólo la dimensión cognitiva sino también la emocional e institucional. También afrontaron aceleraciones del tránsito a los roles laborales, o a nuevos y más exigentes roles familiares debido a que la pandemia imponía una reconfiguración de los roles en el seno de la familia, de la pareja y de su propia subjetividad. Otras veces, por efectos de la combinación de las restricciones, las tensiones familiares y los límites de la presencia estatal a través de mediaciones judiciales y/o terapéuticas padecieron regresiones personales y reconfiguraciones familiares empobrecedoras y violentas. En todos los casos, las personas jóvenes debieron extraer energías suplementarias en una fase de la vida que, por definición, los desborda. Esas situaciones encontraron a las juventudes, metafóricamente hablando, en una exploración de profundidades, sacando leche de piedras, es decir, explorando sus límites en una especie de *fracking* subjetivo y relacional en su mundo micro.

Pero también debe hablarse del *fracking* en las relaciones económicas que tuvieron que asumir las personas jóvenes que ingresaron al mundo del trabajo en el contexto pandémico. Incluso los que identificaron oportunidades laborales provechosas que les dieron rendimientos inmediatos y posibilidades inéditas a futuro lo hicieron a costa de una explotación intensiva del tiempo que era posibilitada por las restricciones pandémicas, pero que era compensada por limitaciones en otros planos. Muchísimo más exigida estaba la situación de quienes debieron asumir emprendimientos individuales de destino incierto y con capitalizaciones basadas en deudas o mutilaciones patrimoniales, en las que las relaciones costo-beneficio eran apenas ventajosas y exigían dedicaciones absorbentes, al mismo tiempo extensas e intensivas. En el mismo plano económico debe verse la situación de las personas jóvenes que ingresaron o se mantuvieron en sectores como las de pasteleros y gastronómicos, que afrontaron recortes salariales o extensiones de la jornada de trabajo no remunerada y, junto a ello, la multiplicación de sus funciones sin ningún tipo de incentivo o premio. En todos estos casos también se trató de extraer las fuerzas que demandaba la situación de un nivel más profundo y menos explorado de la subjetividad y del propio cuerpo. Una segunda dimensión de *fracking* que no sólo abarca la subjetividad y las energías personales, sino que también opera sobre los marcos laborales. La pandemia los destrozó, y mucho de lo que hoy puede constatararse como caída de la participación de los trabajadores en el ingreso nacional se origina en ese desbalance.

Finalmente, una tercera dimensión es la de la sobrecarga y el desgaste que abarca a la juventud como parte de configuraciones sociales que parecen haberse desfondado en sus fundamentos políticos. Una de las características centrales de esta epidemia es la letalidad del

virus relativamente baja, combinada con su altísima difusión y replicabilidad. Este rasgo es el que explica el principal efecto social y político de la pandemia, al menos en occidente.

E: *¿Y cómo ves que impactó esto último, en relación a la relación con el Estado o la estatalidad?*

P: Dado que la letalidad de la COVID ha sido objeto de controversia o minimizada, pudo discutirse más radicalmente la pretensión estatal de establecer un gobierno basado exclusivamente en una regla sanitaria que tenía el efecto de paralizar la economía y la vida educativa o recreativa. Entonces, los Estados debieron imponer a regañadientes de la sociedad unas medidas que se tomaron por una razón relativamente intangible desde el punto de vista de muchos ciudadanos: las medidas sanitarias se anticipaban a posibilidades catastróficas que finalmente no se dieron, justamente porque esas medidas se cumplieron en algún grado. Por eso mismo, esa imposición, que resultó en un bien intangible, debilitó la relación de los sujetos con el Estado: éste los “encerró” para salvarlos de algo que, en su representación y en cierta versión de los resultados finales, no era tan peligroso. Una especie de adhesión retrospectiva a Boris Johnson y su célebre “que vivan los que tengan que vivir” parece acompañar las penas del mundo post pandémico. No es la única reacción: se encuentran también la de aquellos que han padecido la enfermedad y la de los que han perdido a seres queridos y cercanos. Pero para estas personas, por otras razones, el Estado tampoco es un santo. Muchos de los que quisieron ser cuidados no podían aceptar los cuidados. La pandemia debilitó el poder del Estado de hacerse obedecer y debilitó muy ampliamente la fe de los sujetos en el Estado: la conjunción de la insubordinación con el cuestionamiento a las formas de estatalidad vigentes en los distintos países expresa el consumo acelerado de un acervo de legitimidad socavado. Tercera dimensión, entonces, del *fracking* pandémico que contiene y determina a las dos anteriores. Este mapa de dolores es el que deben afrontar la sociedad y la política para acotar lo más posible las secuelas del daño pandémico.

E: *A partir de este análisis y pasando en limpio lo anterior, ¿cuáles serían entonces los efectos en términos de la relación con el Estado y con la política?*

P: Hay tres cuestiones emergentes del período de aislamiento y recuperación que contradicen aquellas ilusiones iniciales, y que pueden considerarse como resultados de la experiencia pandémica entre las personas jóvenes. En primer lugar, la idea de que hubo muertes políticamente evitables y la decepción que acompaña ese hecho. En segundo lugar, una especie de pragmatismo epidemiológico pandémico que terminó siendo la resultante de la forma de interactuar entre jóvenes, sus propias experiencias y la normativa pandémica. En tercer lugar, lo que yo llamo “mejorismo”, que tiene que ver con una voluntad de progreso económico que se ha instalado como valor entre jóvenes de distintos grupos sociales. No son los únicos emergentes, pero son motivos de efecto sociopolítico profundo que, en el cuadro de la post-pandemia, son al mismo tiempo causa y efecto de una especificación y un replanteo de las formas de percibir y practicar las relaciones entre sujetos, mercado y Estado. Agregaría una cuarta cuestión: todo lo que vine diciendo debe ayudar a entender que los jóvenes, y no sólo ellos, son la contracara del “nadie se salva solo” con que la política progresista pretendía encuadrar el abordaje de la pandemia. Ellos perciben que se salvaron solos, cosa que en parte es así. Y desde esa condición de “sobrevivientes exitosos” se contraponen al Estado, lo enjuician. En ese balance crítico ponen el ojo en los privilegiados de la pandemia y consolidan una premisa crítica del estado

que venia desde antes: “si el Estado no cubre a todos, que no cubra a nadie” —lo cual suena a Artigas diciendo que “la cobija es para todos o para nadie”—. La crítica al Estado, alimentada por la pandemia, apoyada en el éxito en la pura y ruda vida del mercado, no podía ser fácilmente de izquierda, pero a pesar de ello contenía este grito que es igualitario.

E: *La primera cuestión que planteabas, la de las muertes políticamente evitables y el efecto de decepción...*

P: Sí, las opiniones de las juventudes respecto de las muertes en pandemia poseen una multiplicidad de tonalidades y juicios que no es posible restituir aquí. Pero sí podemos recuperar algunos denominadores comunes, que son importantes para entender un aspecto de la decepción política post-pandémica.

Para algunos, la cuarentena fue injustificada y, para otros, el Estado hizo bien en declararla, pero no fue consecuente ni en la distribución de medios que permitieran cumplirla, ni tampoco dio el ejemplo que la sociedad necesitaba para poder soportar las exigencias que planteaba la norma sanitaria. El Estado fue visto así como un agente ambiguo capaz de operar al mismo tiempo el daño y el cuidado. La misma situación se repite a propósito de la vacunación, que también fue tema de controversia entre quiénes la apoyaban, pero diferían de las opciones propuestas por el gobierno, y quiénes estaban en contra en general, o en ciertos casos y tampoco acordaban con el gobierno. Todos ellos se vieron decepcionados por episodios en los que se revelaron privilegios inaceptables. En este contexto es preciso resumir cómo se vivieron las muertes entre jóvenes que vivieron casos cercanos de fallecimientos.

Es amplia, pero no absoluta, la convicción de que las muertes que trajo la pandemia fueron muertes socialmente producidas, el efecto de realidades sociales y políticas que se sumaban al virus. Y en esta conclusión concluye en dos puntos de vista muy diferentes. Para quienes concebían la situación bajo los parámetros formulados por el gobierno y el Ministerio de Salud, la desobediencia o incumplimiento de algunos —incluidos el propio gobierno o las fuerzas que lo apoyan— fueron concebidos como factores políticos de las muertes evitables. La misma eficacia le fue atribuida a la falta de apoyo económico suficiente para sostener el aislamiento. Y la causalidad política de las muertes por la pandemia también se subrayó en el caso de jóvenes que señalaron la falta de una política inteligente más atenta al timing de la circulación del virus y más capaz moderar efectos recesivos del aislamiento con aperturas parciales. Para otros, que no aceptaban la existencia de un virus o eran totalmente contrarios a una política de aislamiento, los cuidados (aislamiento y distancia social) desencadenaban en muertes anticipadas, evitables y, por ello, injustas. Para ellos las restricciones para “los viejos”, la recesión y el cierre de los servicios de salud eran tan mortíferos como podría serlo el virus, cuya letalidad negaban o relativizaban.

De esta forma, tanto desde el punto de vista de quienes aceptaban la norma sanitaria, pero discutían su implementación, como de quienes que no la aceptaban, cualquier vida truncada por la pandemia, por los errores de ejecución de la norma sanitaria o por el plan de utilizar políticamente una “supuesta pandemia” —así se tratase de la vida de un anciano con un padecimiento terminal a cortísimo plazo— era señalada como una muerte con causas sociopolíticas. Entonces, el desconuelo que producen las pérdidas refrendó una percepción sociopolítica de las causas de las pérdidas.

Esto también se produjo respecto de las condiciones de los decesos: la soledad del pariente fallecido en el aislamiento y la imposibilidad de dar lugar a rituales funerarios en las condiciones que habían sido normales antes de la pandemia fueron señalados como efectos de decisiones contestables (la frialdad de la razón médica hecha razón de Estado). Las violaciones de la norma sanitaria por los distintos bandos que tomaron la calle en diversas ocasiones (oficialistas, opositores, personas conmovidas por la muerte de Maradona, jóvenes irresponsables, etc.) fueron considerados privilegiados o hipócritas que esterilizaban el esfuerzo colectivo. El episodio del “vacunatorio VIP¹²”, la percepción de demoras e inconsistencias en el proceso de vacunación, las miradas alternativas sobre la gestión de la pandemia o sobre su carácter “inventado” operaron, pese a su diversidad de orientación, en un sentido confluyente, alimentando la percepción sociopolítica de la muerte por COVID. La tragedia no era de ninguna manera natural.

E: Mencionabas antes una segunda dimensión, hablabas de un cierto “pragmatismo epidemiológico” y sus efectos en los vínculos de los jóvenes...

P: Tal cual. Al inicio de la pandemia y, sobre todo entre las personas jóvenes, fue posible percibir un talante favorable a los cuidados y a la intervención del Estado en su forma más intensa posible. En una proporción menor pudo observarse, también entre la juventud, una tendencia a denunciar la supuesta invención de la pandemia a favor de la concreción de intereses oscuros que eran atribuidos a poderes económicos y/o políticos, o a un modo de vida destructivo que debía cambiar radicalmente. Entre quienes quisieron afirmarse como líderes o participantes de una epopeya sanitaria que activaría luego una transformación social, y quienes pretendían afirmarse como críticos suspicaces, como sujetos capaces de afrontar la intemperie y la exigencia sin más que su voluntad y sin “reclamarle ni deberle nada al Estado” se fue afirmando, efectivamente, un temperamento pandémico pragmático.

Esquemáticamente, podemos decir que, por un lado, entre condiciones sociales, económicas, culturales, geográficas, etarias y políticas y, por el otro, la evolución de la pandemia y de las sucesivas disposiciones promovidas por el Estado nacional, surgieron distintos temperamentos sociales frente a la pandemia. De ellos participaron las personas jóvenes. Un primer temperamento, decreciente a lo largo del tiempo, y que unificó un grupo cada vez más homogéneo, es el que congregó a quienes se manifestaron tan partidarios de las políticas sanitarias y de los cuidados en general como de la intervención estatal. Desde este punto de vista, se llegó a reivindicar la superioridad moral de no contagiarse ignorando toda una serie de imposibilidades de cuidarse a la perfección que imponía la realidad.

Un segundo grupo, totalmente opuesto a este, se define por su oposición a los cuidados, la minimización del riesgo sanitario y la crítica a quienes esconden tras el apego a los cuidados una especie de cobardía y al mismo tiempo critican todo tipo de intervención estatal, específicamente la sanitaria. Este grupo, inicialmente homogéneo, fue minoritario, y con el paso del tiempo extendió su influencia de forma que, por un lado, aumentó mínimamente su tamaño y su heterogeneidad, pero, sobre todo, tuvo incidencia para deslegitimar en un espacio más amplio las intervenciones del Estado, o para legitimar distintas formas de diferir con las

¹² Escándalo político-mediático por vacunación irregular en el Ministerio de Salud de Argentina, llamado por parte de la prensa escándalo por “vacunatorio VIP”, referido a la aplicación de vacunas contra la COVID-19 en el Ministerio de Salud de Argentina a ciudadanos que, por las limitaciones dispuestas en el protocolo de vacunación, no debían aún recibir dichas vacunas.

políticas sanitarias que se iban a implementando.

En un espacio diferente, podría localizarse un tercer temperamento minoritario y bastante homogéneo, que impugnaba tanto la realidad del virus y la solución de las vacunas como una intervención estatal, que veía como una amenaza a la libertad y a la conciencia social. Este grupo en Argentina es relativamente minoritario y dialoga con sensibilidades que a veces son críticas del capitalismo y de sus consecuencias ambientales, y otras veces son críticas del Estado y del alineamiento de la medicina con grandes intereses estatales o privados. Para este temperamento alternativo, puede llegar a darse una convergencia táctica o tácita con el temperamento liberal, pero también puede tener puntos de convergencia con la perspectiva crítica de la sociedad que tienen quienes acuerdan con los cuidados y la intervención estatal. La adhesión a la campaña de vacunación deja en evidencia el carácter minoritario de este grupo, pero no debe descartarse su influencia en la erosión de la normativa sanitaria, ya que fue uno de los más vociferantes en el espacio público.

A medida que fue evolucionando el fenómeno pandémico, y en la medida en que distintas circunstancias requirieron un aligeramiento de las medidas sanitarias o en que sucedía el gobierno no daba ni los instrumentos ni los ejemplos que fortalecieran su cumplimiento, una buena parte de la ciudadanía fue adoptando de forma creciente un comportamiento pragmático que conformó un cuarto temperamento creciente, mayoritario, heterogéneo y contradictorio. Se cumplía en la vía pública con el uso del barbijo, pero se respetaba cada vez menos el aislamiento social y se argüía que había necesidades superiores como el contacto familiar, la necesidad de atención médica, la de obtener ingresos, la legitimidad de divertirse y ejercitarse si ello no traía consecuencias para nadie, o la inconsecuencia del gobierno como motivos para justificar la propia desafección a la norma sanitaria estricta.

E: En ese sentido, te he leído usar el concepto de “economía moral” de E. P. Thompson para describir o caracterizar algunos de estos fenómenos, sobre la cuestión de las normativas, su apropiación por parte de la población, y formas de oponerse o subvertir a la autoridad estatal...

P: Así es. Varias vertientes, que la visión de la sociedad subyacente en el Estado y en la epidemiología desconocen, operaron en la reapropiación de las normas por las personas y su implementación fragmentada y contradictoria. En primer lugar, una economía moral de la proximidad que valoriza el contacto físico y rechaza el distanciamiento impuesto como una norma de relación fría o incluso belicosa. En segundo lugar, las ideas relativas a circunstancias, seres, relaciones excepcionales hacen creer a algunas personas que tienen más o menos probabilidades de detener el virus: cada uno puede tener un dios aparte o un dios propio, o su versión de dios o su versión de la suerte o de las fuerzas sobrenaturales. En tercer lugar, aparece la estadística por mano propia, la relativización de la información oficial, alimentada de la creencia en la aleatoriedad o supuesta aleatoriedad del contagio, y la desconfianza en la gravedad de la enfermedad. Una cuarta y última creencia que ayuda a explicar las transgresiones a las normas sanitarias es la invocación a una resistencia legítima a la autoridad, en tanto supone un desconocimiento o una intención oculta o perjudicial. Así como se obedece al Estado por tradición, porque el Estado sabe lo que hace y yo no, existe la posición inversa: “yo sé otra cosa, yo tengo una información especial que el Estado no conoce, y entonces lo desobedezco”. En este comportamiento pragmático no se negaba, al menos totalmente, ni la existencia de

un virus, ni la letalidad de la enfermedad, aunque se ejercían cálculos de costo y beneficio al respecto de la posibilidad de contagio y respecto de las propias posibilidades del contagio. A través de esos cálculos las gentes realizaron una especie de epidemiología por cuenta propia que computaba incentivos, restricciones, oportunidades y amenazas (sobre este punto he intervenido anteriormente en trabajos con Ariel Wilkis).

En ese conjunto, variado y contradictorio, de sujetos pragmáticos la intervención estatal no era rechazada de principio, aunque tampoco era afirmada como una necesidad absoluta e indiscutible. Con muchas variaciones, los pragmáticos aceptaban la necesidad de regulaciones colectivas y de instituciones públicas de salud y estaban dispuestos, hasta cierto punto, a aceptar limitaciones impuestas por el Estado. A medida que las exigencias de la política sanitaria resultaban cada vez más imposibles de cumplir, los pragmáticos encontraban más justificaciones para sus cálculos y para autorizarse a sí mismos diversas transgresiones de la norma oficial. También debilitaba la adhesión a esa norma una serie de hechos en los que el Estado resultaba inconsecuente con la normativa, ya sea porque los propios funcionarios mostraban no cumplirla, ya sea porque el Estado progresiva y pragmáticamente abandonó el control del cumplimiento de las disposiciones de aislamiento.

También incidían en esa dispersión y relajamiento una serie de efectos erosivos de la norma que provenían de los cuestionamientos efectuados por dirigentes políticos, por agrupaciones sociales y culturales, por dirigentes religiosos de algunas denominaciones, por los medios de comunicación y por lo que sucedía en las redes sociales. El temperamento pragmático terminó siendo mayoritario con el tiempo y también con el tiempo y con los sucesivos cuestionamientos a las posiciones del Estado se hizo permeable al discurso anti estatista de prédicas tan diversas como el liberalismo, el culto al coraje, al “que vivan los que tengan que vivir” o la denuncia de la conspiración “pandémica”.

Estos cuatro temperamentos de los que hablaba se fueron desarrollando y relacionando de maneras diferentes a lo largo de la pandemia, y configuraron el escenario simbólico en el que millones de jóvenes vieron cómo distintos aspectos de sus vidas cambiaban de un día para el otro con la pandemia y con el surgimiento de disposiciones estatales para evitar los contagios. Como lo venimos sosteniendo, a la razón de la epidemiología estatal le hizo contrapunto la epidemiología pragmática, salvo en una cuestión clave: la vacuna ha sido un punto de encuentro entre el Estado y los sujetos. De ello no se dedujo, ni se podía deducir, una capitalización electoral deseada por el gobierno y temida por la oposición.

E: *Antes mencionabas también la idea de “mejorismo”, que también retomas en El ascenso de Milei. ¿De qué se trata? ¿Podrías desarrollar el significado de esta categoría?*

P: Sí, claro. La pérdida de ingresos en los hogares fue aguda, ya que no solo cayeron los empleos, sino que, en paralelo, se vinieron abajo los salarios, porque muchas empresas, al mismo tiempo que veían empeorar sus ganancias, tenían una posibilidad de compensación: gracias a la mencionada caída del empleo se daba una relación de fuerzas favorable para imponer a los trabajadores salarios más bajos y contratos de peor calidad. En ese contexto, jóvenes de clases populares y clases medias bajas asumieron la tarea de compensar la situación económica de sus hogares a través de una gama de acciones y proyectos que implicaban un proceso de *fracking*

que todavía hoy se sigue desarrollando. La anticipación de la obligación de aportar al hogar fraguó en inserciones frágiles, poco remunerativas y, al mismo tiempo, absorbentes de modo tal que el proyecto educativo, en muchos casos, quedó, dolorosamente, en el olvido.

Se improvisaron carreras laborales con la oferta de servicios estéticos o gastronómicos que se ejercían a contramano de la norma sanitaria, y cuyo dominio se aprendía muchas veces en línea. En esos casos el instrumental de ejercicio del oficio provenía de micro capitalizaciones bajo la forma de préstamo, regalo, compra venta de partes del patrimonio hogareño. Otras veces la actividad era más básica: jornadas larguísimas de exploración en la Capital Federal para recuperar todo tipo de objetos de los contenedores de basura para luego venderlos en el barrio. Las ferias barriales salvaban al mismo tiempo el consumo de productos baratos y el ingreso de los hogares más pobres.

La necesidad de recursos para el día a día no fue algo que ocurrió de forma exclusiva en las camadas populares. Jóvenes de estratos sociales más elevados atravesaron estrecheces si se encontraban viviendo solos, o se encontraron con el angostamiento del presupuesto de sus hogares si vivían con su familia. Ellos también se volcaron a ofrecer servicios que, además de generar algún rédito, permitían oxigenar una cotidianeidad marcada por las restricciones.

Todos estos eventos en el plano económico han tenido consecuencias que trascienden las cuestiones del sustento, el presupuesto o la diversificación de las actividades económicas y sociales durante los períodos en que las normas sanitarias eran más exigentes. Estos eventos han sido el motor de la expansión de un sentimiento de autonomía que pudo tener los sabores del triunfo, de la ganancia, de salvar el día, o los de la frustración, el fracaso y el desamparo. Pero en todos los casos se ensanchó el margen de acción y, sobre todo, la distancia con el Estado en general. No cumplir la norma sanitaria podía ser letal, pero cumplirla podía tener consecuencias gravísimas, incluso, también, la letalidad. Los ideales de salvación colectiva naufragaron parcialmente en un tiempo definido, simultáneamente, por la extensión temporal del riesgo pandémico, la insostenibilidad del aislamiento, la caída de la actividad económica. No se puede desconocer que, desde el punto de vista de sus posibilidades presupuestarias, el Estado hizo enormes esfuerzos que repercutieron en el hecho de que una parte de la estructura productiva del país pudo reflotar en el período post-pandémico. Tampoco se puede obviar que se dieron dinámicas solidarias que fueron decisivas en la adversidad que enfrentaron las familias: en los barrios populares se combinaron las fuerzas del Estado, las organizaciones sociales, las redes de las organizaciones religiosas y las iniciativas del que hacía de su casa el comedor del vecindario. Todo el mundo se sabe deudor en algún lado de su conciencia, aunque por las más diversas razones eso se repudia.

Pero nada de esto debe hacer invisible un hecho de importancia decisiva en la vida de la sociedad, en la articulación de lo social y lo político hacia el futuro: muchos sintieron que si no salían a salvarse no los salvaba nada, ni nadie. Y ante esa sensación, y ante las salidas que se pudieron implementar (ya sean estas bicicletear o “cartonear”), las restricciones resultaban tan irritantes como resultaban incomprensibles, por otro lado, los impuestos para los programadores que exportaban. En esas experiencias tan diversas se reforzó, se amplió y, muchas veces, se afirmó por primera vez un impulso a la mejora que no pide más que “que me dejen hacer”. “Quiero estar mejor, ejercer mis aptitudes y ganar lo que me pueda ganar. Quiero camino libre”. El “mejorismo” es previo al adoctrinamiento liberal: es la forma en que decanta la experiencia pandémica en una economía estancada en la que los actores perciben sólo los impedimentos

del Estado y creen, porque en algo ha sido así, que sólo su empeño puede ayudarlos a progresar.

Hay algo que me gustaría agregar acá al final, pero que estuvo rondando toda la entrevista, que es la distinción que hizo el Gobierno entre trabajadores esenciales (que tenían permitido ejercer su tarea y ganar su dinero) y trabajadores no esenciales. La distinción podía tener sentido desde el punto de vista de los cuidados y la epidemiología. Pero creo que nunca se reparó en el efecto práctico, simbólico y político catastrófico que tenía dividida la población en esas categorías y en la sensibilidad de los que fueron declarados no esenciales y por lo tanto no podían trabajar y finalmente podían morir de hambre tranquilamente. A contrapelo de su voluntad, el progresismo pandémico cultivaba la posibilidad del descarte que teóricamente combate. Y esa comprensión tan agresiva para con el *demos* que puede tener la división entre esenciales y no esenciales fue, creo, la que tuvo en parte la sociedad post-pandémica. Pocas veces el Estado habría podido poner tanta gente contra sí mismo como con esa maniobra que pretendía lo contrario que era legitimar al estado.

Contribuciones de autoría

Gorr, Alejandro: escritura – revisión y edición (entrevistador), supervisor.

Sendrós, Eloi: escritura – revisión y edición (entrevistador), supervisor.

Semán, Pablo: escritura – borrador original (entrevistado).

Declaración de conflicto de intereses

Los autores del artículo declaran no tener conflictos de interés financieros, profesionales o personales que hayan podido interferir inapropiadamente en este trabajo.

Fitxa bibliogràfica:

Gorr, A.; Sendrós Ferrer, E. (2025). Entrevista | Jóvenes, pandemia y crisis del Estado. Una conversación con Pablo Semán. *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, 41(1), 129-145. <https://doi.org/10.56247/qua.557> [ISSN2385-4472]

